

Las gentes sin hogar

Antonio García Verduch

El problema de la vivienda es, probablemente, el más difícil y angustioso con que se enfrenta la humanidad de hoy. Es difícil, por lo gigantesco de sus dimensiones, y es angustioso, por lo mucho que significa para el bienestar y el comportamiento de los hombres.

En el mes de agosto de 1985, S.S. el Papa Juan Pablo II realizó su segundo viaje a Kenya, y en su programa incluyó una visita a la sede de las naciones Unidas en Nairobi. Las palabras que pronunció ante aquel auditorio internacional desbordaron caridad hacia el mundo menesteroso, y constituyeron un vivo estímulo para las personas y las organizaciones que trabajan en la vanguardia de la ayuda fraternal.

Como es natural, el problema de la vivienda -el pavoroso problema mundial de la vivienda- estuvo especialmente presente en las palabras doloridas de Su Santidad. Los animales silvestres tienen sus refugios, y muchos hombres carecen de él. Por eso recordó el Papa en Nairobi las palabras de San Mateo (8:20): "Los zorros tienen sus madrigueras y las aves del cielo sus nidos, pero el Hijo del Hombre no tiene dónde reclinar la cabeza".

La vivienda no solamente ofrece protección física contra las inclemencias del tiempo y contra las agresiones de los medios hostiles, sino que ofrece al hombre la posibilidad de ejercer su intimidad, de reunir y albergar a sus seres queridos, y también de dar protección a sus bienes y pertenencias.

La vivienda permite al hombre reunir junto a sí, y proteger, a las personas y cosas que más quiere,

y por las cuales trabaja, se afana y lucha.

Un hombre encastillado en una vivienda -aunque sea modesta- es un hombre con objetivos para vivir, es un hombre fuerte, animoso, decidido y emprendedor, que vive par sí y para otros, y que proyecta su vida, no sólo sobre un presente fugaz, sino también sobre un futuro lejano.

Por el contrario, un hombre que tiene la espalda al aire, que se acurruca en cualquier lugar, bajo las estrellas, es un hombre débil, vulnerable, permanentemente angustiado, que vive precariamente, con egoísmo animal, casi como una alimaña, los sucesivos minutos que la vida le va concediendo.

Desgraciadamente, y para nuestra vergüenza, millones de estos seres humanos existen en la vida real, lejos y cerca de nosotros. Una cuarta parte de la población mundial carece literalmente de vivienda o vive en lugares extremadamente pobres e insalubres.

En nuestro mundo de hoy, unos cien millones de personas viven sin hogar, vagabundeando y durmiendo en el suelo, sobre unos periódicos, sobre unos cartones, sobre unos puñados de hierba, allí donde les anochece. Pasan sus noches en las calles, bajo los puentes, en solares, en callejones, en cuevas, entre matorrales.

Amanecía en un callejón de Río de Janeiro, y cuatro chiquillos de color se desperezaban, recogían los cartones sobre los cuales habían dormido, los apilaban y los guardaban para usarlos de nuevo la noche siguiente. Ya libres, corrían y volaban, como los pajarillos a buscar su alimento donde estuviese.

El problema de la carencia o inadecuación de la vivienda tiene carácter universal, porque afecta tanto a los países industrializados como a los que se hallan en vías de desarrollo, y se extiende tanto a áreas urbanas como a rurales.

En los países en desarrollo la situación es especialmente grave. Un 50% de la población, o necesita vivienda o necesita importantes mejoras en las condiciones higiénicas del medio en que vive.

El desmesurado crecimiento urbano de estos países contribuye a agudizar aún más sus problemas de vivienda.

Las ciudades de los países en desarrollo crecen a una velocidad de 3,8% al año, lo cual supone un aumento anual de unos 49 millones de personas. En el año 2000, estas ciudades crecerán a un ritmo de 78 millones de personas al año, o su equivalente a 314.000 personas al día.

Hoy, los países en desarrollo han de hacer frente a un reto formidable. Cada día que amanece, sus ciudades se encuentran con 150.000 personas más, que demandan alojamiento, servicios y trabajo. Y estas necesidades deben ser atendidas, aún cuando, por otra parte, graviten 300 millones de parados y 700 millones de personas sumidas en niveles más o menos profundos de pobreza.

Si hubiésemos de elegir una acción, una sola acción, para intentar romper el círculo de pobreza en el que giran desesperadamente muchas comunidades, elegiríamos, sin duda, la mejora de la vivienda.

Las viviendas de los pobres duran pocos años, y casi siempre a costa de frecuentes reparaciones. Las techumbres de paja de las vi-

vientas centroafricanas duran en buen estado de tres a cinco años. Después se pudren y gotean, o se infestan. A veces se queman. Las chozas hechas con haces de hierba o con tallos secos de maíz, duran un año, hasta que llega la cosecha siguiente.

Una vivienda ha de durar lo que dura una vida, o lo que duran dos vidas, o tres, o más.

Una vivienda ha de constituir un bien preciado, un bien duradero, un bien importante, que se puede transferir, o que se puede dejar en herencia. Si la vivienda es duradera, se convierte en capital, y el que la posee, posee un capital. Es un propietario.

La transmisión de la vivienda a las siguientes generaciones es uno de los modos tradicionales de acumulación de capital, y de creación de clases medias.

Los seres que se refugian en viviendas precarias, muy deteriorables -además de vivir miserablemente- invierten una buena parte de su esfuerzo en construir y reparar su vivienda, en vez de dedicarlo a otras actividades productivas.

La construcción de viviendas permanentes es un signo de liberación. La posesión de una de estas viviendas consolida en el hombre el sentimiento de la propiedad.

El valor acumulado en esa vivienda se transmite, a su fallecimiento, a la siguiente generación. Y así se establece una cadena generacional de transmisión de bienes, la cual, si no es yugulada por la succión fiscal, contribuye a frenar el nomadismo, a asentar las comunidades humanas, y a crear en ellas la ilusión y la responsabilidad de vivir sobre un mismo suelo, y de buscar en él fuentes permanentes de riqueza.